

Dirección:
Caballeros, 13

Colaboradores
los que solicite el director

Plumas Noveles

SUSCRIPCIÓN
Un mes. . . . 0,25 pts.

Redacción y Admón.
San Gil, 1

SIEMPRE IGUAL

Titulo este artículo *Siempre igual* porque siempre que se ha tratado de «lo mismo» ha ocurrido «lo propio»; y digo esto, por lo siguiente: cuando se anuncia la aparición de cualquier periódico, «siempre se dice lo mismo» por los fundadores:

—¡No hay periódicos! ¡Los que hay están muy mal hechos! ¡Los directores y redactores no saben por dónde se andan!

Y otras mil cosas; y por último, dicen:

—¡Aquí estamos nosotros! ¡Ahora van a ver uno bien hecho!

Y en efecto: logran, por medio de sueltos y reclamos, que el público aguarde con impaciencia el primer número de la publicación anunciada; y cuál es su asombro al verlo, y que, «en efecto!», no se puede comparar con ninguno de los otros—pero es por lo malo—. Y aquí viene la decepción del lector, que engañado, lo ha comprado creyendo—por los reclamos publicados—que se iba a deleitar con él, y se encuentra con un pedazo de papel impreso, pero que es lo mismo que si estuviera en blanco.

Por eso, cuando se funda un periódico o revista y empiezan por querer catequizar al público por medio de sueltos hechos por los mismos fundadores, se me ocurre decir: *¡Siempre igual!* ¡No comprenden que el que tiene que juzgar es el lector, y no los fundadores del periódico?

L. GANTITO.

PARA VOSOTROS

LA MAYOR DESGRACIA

Os voy a referir, lectores amigos, un suceso desagradable de que fui protagonista no ha muchos días; en la seguridad de que mi fallo, para tal acto, será el vuestro.

No acertaría a contarlo si remotamente sospechase que mi secreto se podría romper mañana y mi nombre se vería acom-

pañado de una sonrisa burlona o de un gesto malicioso.

Confiada en que el arcano será inobstruible, y en que jamás las sombras que me rodean serán rasgadas por ningún curioso, aunque en tal obra ponga el empeño de Shelok Holmes; confiada, digo, en tal seguridad, me decido a confesarles un secreto de mi alma, acaso un poco sonrojante, pero nunca depresivo ni vergonzoso.

Paseaba cierta noche—no digo mal, por si alguno de ustedes pudo sorprenderlo—por una de nuestras calles más concurridas, ajena a todo cuanto tenía lugar en aquel sitio, porque mi alma, siempre inquieta, vagaba por otros mundos más amplios, más puros, menos cenagosos, más azules. Iba reconcentrado en mis pensamientos, abstraída, marchando entre mis compañeras con el descuido del que se espiritualiza al fuego de sus propias ideas. De vez en cuando, alguna pregunta de mis amigos conseguía arrancarme momentáneamente de aquel mundo de fantasía en que un pensamiento conturbador me había sumido. ¿Cuál era mi preocupación? ¿Alguno de los muchos extravíos que suelen tener los falsos y presuntuosos poetas? ¿Era mi sueño alguna utopía o algún delirio? Nada de eso. La realidad, toda la realidad que en aquellos momentos se me agolpaba ante mis ojos, fría, adusta, irónica, para mostrarme al desnudo lo que vi entre sueños mil veces y luego la razón me negaba al despuntar la aurora. Era cierto. No cabía duda. Los jóvenes seguían deslumbrándose como las alondras ante el espejuelo engañoso, que los atraía con una fuerza tentadora, irresistible. Los falsos valores del lujo y la presunción se cotizaban con increíble alza en esta gran *Bolsa* de los corazones. Nuestra bella Carretera, a la que yo he llamado escaparate de bazar, se veía en aquella noche invadida por gentes de todo linaje; desde la joven modesta que soslaya las más inocentes miradas, hasta la descarada coqueta que suplica un piropo; desde el juicioso estudiante que galantea, con sus gracias, hasta el necio que ofende con sus groserías. Todo un mundo polieromo y vario, tan distinto y múltiple como los diferentes grados de una educación. Allí se notaba la diferencia que existe entre la educación perfecta y el pulimento engañoso.

¡Ah! Dispensa, lector, que así me haya separado involuntariamente del asunto, y te haya importunado con esta digresión; pero es que la juzgué necesaria y, además, pertinente.

Decía que estaba paseando embelecida,

absorta, cuando senti cerca, muy cerca, una voz grosera y brusca que me dejó al oído esta frase, que no califico porque opino que ustedes lo harán con mayor acierto: *Las mujeres feas no deben salir a la calle.*

¿Ira? ¿Rencor? ¿Odio? Nada de eso, compasión, desprecio, lástima. Si el pobrecito no aprendió en su vida que la verdadera belleza no radica en el cuerpo, ni que la educación disimula los defectos ajenos, ¿era razonable que se le reprendiese?

No. Yo creo más justo que se le perdona, y lo más acertado sería educarle.

P. PITA.

Cuenca, 23-8-1917.

CUENTO

AMOR QUE MUERE

Había venido Martita a pasar una temporada al lado de su tío Juan y, a la vez, a reponerse de cierta enfermedad de la cual hacía poco que terminaba de curar.

No tenía esta niña angelical más de catorce años. Era morena; su rostro, fragante y carmínico en otro tiempo, era al presente pálido, pero de una palidez interesante; sus ojos, de intensa negrura y expresión, venían a completar un conjunto de belleza femenina incomparable.

Todas sus acciones, todas sus palabras las ejecutaba y pronunciaba con gracia, en fin, parecía más bien para otro mundo donde todo fuera amor y bienandanza; no para éste donde hay bastante de ficticio y engañoso.

Con todas estas precias y particulares dotes que atesoraba, no será de extrañar que su primo Rafael, cuando llegó a conocerla, sintiera por ella cierto afecto que más tarde se trocó en un amor verdadero y santo, puro e indeleble; en un amor que iba a ser, quizás, el origen de su desdicha.

Llegaron a intinar tan profundamente que, pudiera decirse, eran más bien que primos, hermanos de todo corazón.

Todas las tardes, a la hora vespéral, salían ambos de paseo; unas, por el jardín de la misma casa; otras, a una hermosa alameda que estaba a las afueras de la población, y otras, cuando el tiempo no lo permitía, quedábanse en casa y Rafael que sabía tocar el violín, tocaba y pasaban el rato todavía mejor que saliendo a pasear; pues lo mismo uno que otra tenían como afición predilecta la música.

Los padres de Rafael miraban con buenos ojos la tan intensa amistad de éste con